

A large black silhouette of a man wearing a wide-brimmed cowboy hat and a suit jacket. He is holding a single rose in his left hand. The silhouette is centered on the page.

# LECCIÓN DE AMOR

EBONY CLARK

Título original: **Lección de amor**

Autor: **Ebony Clark**

1ª edición: julio 2008

© 2007, Ebony Clark

© 2008, La Máquina China editorial

41002 Sevilla

[www.lamaquinachina.com](http://www.lamaquinachina.com)

Aquí encontrarás la esencia de **La Máquina China**; nuestros libros, en torno a los cuales giran los demás elementos que te proponemos en nuestra Comunidad: rutas, talleres, viajes, objetos.

Diseño de cubierta: [www.thedot.es](http://www.thedot.es)

Printed in Spain: Impreso en España

ISBN: 978-84-936056-9-8

Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por medio alguno, sin la previa autorización por escrito del editor.

# LECCIÓN DE AMOR

Ebony Clark

LA  
MÁQUINA  
CHINA  
editorial



## Capítulo Uno

Muchas personas en Juanita Fun creían que Lane McCrane era una mujer sin sentido del humor.

Su pálido rostro enmarcado por aquella espesa mata de cabello castaño oscuro, sus ojos azules y los generosos labios que sonreían escasamente, podrían haber hecho de ella una mujer hermosa si lo hubiera permitido. De hecho, lo era aun cuando ella pretendiera todo lo contrario y se esforzara lo mínimo en acentuar sus encantos. La forma en que rehuía la coquetería confirmaba que no estaba interesada en destacar entre una multitud. Lane solía vestir de manera informal, con ropa cómoda que le permitiera moverse con agilidad entre sus pequeños alumnos y con la que no tenía que preocuparse del peligro de las manchas de chocolate y otras sustancias que hacían gritar de pavor a las demás maestras. Mejor unos tejanos que una falda corta. Mejor una camiseta de algodón que unos inútiles volantitos. Mejor zapatillas planas que arriesgados zapatos de tacón. Mejor convenientemente vestida que sugerentemente medio desnuda. Ninguno de sus compañeros de trabajo había podido averiguar aún si aquel empeño de la joven en esconder cada centímetro de su cuerpo respondía a un alarde de puritanismo o, por el contrario, ella deseaba ocultar alguna espantosa cicatriz. O sencillamente, y era la

conclusión más extendida, a Lane McCrane no le importaba si los demás la consideraban o no atractiva.

De cualquier modo, nadie se había interesado lo bastante en ella como para tratar de descubrirlo. Nadie sabía nada de ella más que lo que ponía en las excelentes referencias que había aportado en su currículum. Por supuesto, aquellas referencias habían sido comprobadas meticulosamente como era costumbre en la escuela. Veintiocho años, de madre norteamericana, se había criado en un orfanato después de que su padre la abandonara y su madre fuera internada en un sanatorio. Por desgracia, la madre de Lane se había abandonado al alcohol y los médicos la habían desahuciado cuando Lane solo contaba con cinco años. Y así, del orfanato a unos cuantos hogares de acogida, era un milagro que hubiera sobrevivido y sacado su título de maestra con excelentes notas. Sus antiguos profesores se sentían orgullosos de poder hablar bien de la Srta. McCrane, aunque no ocultaron su sorpresa cuando la Sra. Andrew les había llamado desde aquel pequeño pueblo perdido en la geografía del árido paisaje de Nuevo México, la Tierra de Encanto. Habían creído que Lane estaría ya casada y sería madre de uno o dos niños. Pero por alguna razón, ella estaba allí. En Juanita Fun, el lugar donde la gente se levantaba a las dos de la madrugada solo por ver cruzar una estrella fugaz. Bueno, quizá no todos. Pero finalmente, Lane McCrane había elegido aquel sitio para echar raíces. Era cuanto sabían de ella. Nada de novios ni amigos ni familia. Por lo mismo, no era extraño que fuera algo huraña en sus relaciones personales. Los demás profesores la saludaban cada mañana mientras servían el café en sus tazas, pero evitaban cualquier contacto. “La señorita

Pepinillo”, la llamaban a sus espaldas, aludiendo a su agrio carácter y en más de una ocasión, la misma Lane debía de haber escuchado aquel comentario por los pasillos. Incluso por el pueblo la llamaban ya así y la Sra. Andrew creía que no era justo para ella. Una mujer tan joven y bonita... Merecía algo más que la compañía de Patty Sims, otra profesora y quizá su mejor y única amiga, y de unos cuantos mocosos, por más que ella siempre dijera que su trabajo era lo más importante en su vida.

Lane era una joven agradable con sus pequeños alumnos, no cabía duda. Lane siempre les escuchaba, se preocupaba por ellos y les dedicaba toda su atención. Siempre tenía una palabra amable y aunque no podría jurarlo, diría que durante las clases, se transformaba y dejaba de ser la mujer seria e inaccesible a cuyos pensamientos nadie podía llegar.

Los chicos de su clase la adoraban en realidad. Pero con los adultos era otra historia. Es lo que pensaba todavía la directora de la Escuela Clarence cuando Lane se sentó y la miró con expresión preocupada. La Sra. Andrew sonrió para tranquilizarla. En los dos meses que Lane McCrane llevaba trabajando allí, nunca habían recibido una sola queja sobre su comportamiento con los niños. De hecho, muchos padres habían elogiado el trabajo que realizaba con ellos. Decían que sus hijos se mostraban más receptivos, creativos y educados después de que su señorita Lane, como la llamaban, les hiciera sentirse parte de su clase. Sin embargo...

Echó una breve ojeada a la nota enviada por Clyde Bransow. La había dejado sobre la mesa porque quería mostrarla a Lane, para que ella misma pudiera explicarle perso-

nalmente de qué se trataba. Hasta el momento, sólo disponía de la versión de Clyde, no muy fiable, dado su mal carácter y escasa paciencia. Amelia Andrew conocía a Clyde desde que era un mocoso y sabía distinguir por el contenido de su nota cuando estaba realmente enfadado. Mientras la leía le venía a la mente una clara imagen del hombre, con la mandíbula apretada, escupiéndole las palabras al papel, contrariado por el atrevimiento de la insignificante maestra. Era el estilo de Clyde. Ruidoso como un toro en una cristalería, preparado para ponerse sus pinturas de guerra siempre que la batalla mereciera la pena. Por otro lado, y aquí es donde empezaba a preocuparse, estaba completamente segura de que el temperamental Clyde estaba a punto de conocer a un adversario de su talla. Lo peor de todo es que sospechaba que ninguno de los dos cedería un milímetro, por lo que su papel de mediadora en la contienda iba a ser muy complicado.

—Srta. McCrane, ¿sabe por qué la he hecho venir a mi despacho?— preguntó con tono amable para romper la tensión en el ambiente.

Ella le devolvió la mirada, sin poder evitar que sus ojos volaran hasta la nota firmada con el apellido Bransow.

—Creo que sí, señora Andrew —contestó y su voz era firme—. Es por el chico Bransow, ¿no es así?

—En efecto. Parece que el pequeño Ben ha tenido problemas últimamente —observó, aguardando la reacción de la joven.

Ella no dijo nada.

—¿No va a contármelo, Lane?

—No es importante —mintió, pensando que era lo mejor para el chico.



Se mordió los labios con una mezcla de rabia y remordimientos. ¿Por qué había tenido que dirigirse a la Sra. Andrew precisamente? Clyde Bransow podía haber contestado a alguna de las diez notas que le había enviado para citarle en la escuela. Ella hubiera deseado solucionar aquello sin que las cosas fueran a mayores, pero aquel incidente el día anterior... El terrible comportamiento de Ben lo había acelerado todo. Y ahora, debía justificar ante la Sra. Andrew por qué no la había informado antes de aquello.



—¿En serio? Entonces, ¿puede decirme por qué su padre me envía una nota bastante acalorada en la que me pide que le explique por qué no somos capaces de controlar a su hijo?

—El señor Bransow debió preguntarme primero, antes de enviar esa nota. Quizá debió preguntar también a su hijo y así por lo menos conocería el sonido de su voz — replicó, tratando de mantener la calma.

Aunque por otro lado, la sangre le hervía en las venas al imaginarse al insociable señor Bransow, dueño del mayor rancho del pueblo, desoyendo sus peticiones y derivando su responsabilidad como padre, una vez más.

Era de sobra conocido que Clyde Bransow había perdido todo interés por la educación de su hijo desde la muerte de su esposa, cinco años antes. Entonces, Ben solo tenía unas horas de vida. Pero siempre había sabido rodearse de gente amable y eficiente que le hiciera aquel trabajo. Personas que, como ella, suplían con su cariño las atenciones que Clyde negaba a su hijo. Y aunque Lane solo le había visto en una ocasión, durante el baile de inauguración del nuevo aserradero, había bastado para que la mala imagen que tenía de él se confirmara.





Atractivo, fuerte y arrogante. Eran las palabras que le describían a la perfección. Pero no había visto un ápice de humanidad en su mirada. Solo era otro padre que pensaba que los hijos eran un estorbo. No era el tipo de hombre al que uno se imaginaría sentado en la orilla de la cama leyendo un cuento a su hijo. El tiempo de un duro vaquero era demasiado valioso para perderlo con tareas tan delicadas que siempre podía delegar en otras personas. En el mundo de los hombres como Clyde, no había espacio para cuentos mientras hubiera vallas que reparar, vacas que ordeñar, whiskie que beber o partidas de cartas que organizar. Estaba siendo prejuiciosa y de hecho odiaba serlo. Se había jurado que no le colocaría al señor Bransow una etiqueta antes de conocerle, pero él se lo ponía bastante difícil cuando todo lo que hacía era dirigir notas venenosas a la Sra. Andrew, en lugar de enfrentarse a ella y reconocer que quizá, solo quizá, su mirada de ganadero no sabía mirar más allá del ala de su sombrero.

Sin embargo, la primera vez que había visto a Ben, Lane había comprendido que aunque despreciara lo que Clyde Bransow representaba, jamás podría ignorar la súplica silenciosa en los ojos del niño. La necesitaba. Necesitaba a cualquiera que pudiera ofrecerle un poco de aquel amor que su padre le negaba, quizá porque le culpaba de la muerte de su madre. Pero Ben no tenía la culpa. Solo era un niño asustado y solitario que se portaba mal para llamar la atención. Y Lane estaba completamente decidida a no dejar que el señor Bransow mirara sencillamente hacia otro lado, mientras esperaba que Ben solucionara sus problemas solo.

—Eso no es una respuesta, Srta. McCrane —la reprendió la Sra. Andrew, ocultando en cierto modo la satisfacción que le producía la expresión de su maestra.

Su rostro tenía la fiereza de una tigresa que protege a sus cachorros. Y por entonces, la Sra. Andrew ya había comprendido que el joven Ben era su cachorro.

No obstante, Lane McCrane no debía olvidar que Ben tenía un padre. Ella no podía actuar a su antojo en la educación del niño pasando por encima de la autoridad de su propio padre. Y aquella nota... Lane podía meterse en un lío muy serio si no se disculpaba con el señor Bransow. Suspiró, clavando sus astutos ojos en ella.

—Lane... —insistió—. En realidad, ya sabe por qué la he hecho venir, ¿no es cierto?

—Tengo una ligera idea—respondió con terquedad.

Sabía que la Sra. Andrew era su aliada. Pero también sabía que ella haría lo que fuera necesario para mantener la buena reputación de la Escuela. Incluido despedir a una maestra tozuda y entrometida que se tomaba demasiadas libertades con sus alumnos.

—Lane, ¿es cierto que le sugirió al señor Bransow que quizá Ben debiera visitar a un psiquiatra? — la interrogó.

—No es cierto.

—¿No lo es, Lane? — insistió.

—Solo sugerí al señor Bransow que, ya que se negaba a venir a la escuela para tratar sobre los problemas de su hijo, tal vez sería conveniente que un psicólogo hablara con Ben. Solo eso.

—¿Sólo eso?— repitió Amelia Andrew con cierta desconfianza.

—Bueno... Tal vez sí sugerí que el propio Clyde Bransow debía buscar ayuda profesional —reconoció, ligeramente avergonzada.

—¿Y no se le ocurrió que hubiera sido conveniente que primero hablara conmigo de ese asunto en lugar de ponernos en una situación tan delicada con el señor Bransow?

—Solo pensaba en el bienestar de Ben, señora Andrew —contestó con sinceridad, y su expresión se transformó con súbita ternura al continuar —De verdad... No quería que nadie se molestara por mi culpa. Yo solo... Entiendo que no debí actuar por mi cuenta, pero ese crío...

—Lo sé. Es revoltoso y maleducado. Pelea con todos, revoluciona la clase y desobedece a cualquier adulto que se le acerca. Para su información, le diré que ya he recibido quejas de otros padres con respecto a ese chico. Estoy al tanto de sus fechorías, señorita McCrane. Soy vieja, pero no tonta — le recordó con una media sonrisa—. Lo que vuelve a convertirla en culpable, ¿no cree? Soy la directora de esta Escuela. Creo que tengo derecho a saber lo que sucede con mis alumnos.

—Lo siento. Pero es que Ben... Hay algo en él que me conmueve infinitamente, señora Andrew. Debería haber visto algunos de sus dibujos.

La mujer arqueó las cejas y Lane titubeó.

—Vamos, señorita McCrane. No tenemos todo el día —le apresuró, recordando que no le había dicho a Lane que esperaba otra visita en breve.

—Es un chico tan silencioso... Suelo sorprenderle en mitad de la clase, dibujando en el cuaderno donde debería estar haciendo los deberes que dicto —explicó—. Siempre son dibujos en los que solo aparece él. Montando en bicicleta o a caballo, jugando a la pelota, nadando. Solo él, señora Andrew. Cuando le pregunto, me mira con su pequeña carita y se encoge de hombros. En una ocasión me preguntó si yo creía que su papá no le quería porque su mamá se había ido al Cielo cuando nació, ¿puedes creerlo? Ese mismo día le rompió la nariz a Billy Jackson.

—Entiendo.

—Oh, no... No creo que pueda entender cómo se siente un niño de cinco años cuando su propio padre le abandona —y en ese momento, Lane no parecía referirse a Ben, sino a alguien mucho más próximo.

—En cualquier caso, debió consultar conmigo antes de decidir nada, señorita McCrane.

—Lo lamento —murmuró mirándose las manos— ¿Y ahora, qué? ¿Qué espera que haga, señora Andrew? ¿Bransow exige una disculpa formal? Se la daré. Deme lápiz y papel y le escribiré una nota expresándole cuánto lo siento.

Por lo que sabía, Clyde Bransow salía cada amanecer y regresaba al caer la noche, lo bastante tarde para librarse de sus responsabilidades paternas. Solo por eso, ya le despreciaba en su interior. ¿Cómo era capaz de estar siempre ausente mientras su hijo le necesitaba?

—No será necesario, señorita McCrane. Podrá disculparse personalmente con él. El señor Bransow dijo que se

reuniría hoy mismo conmigo. De hecho... —miró su reloj y al mismo tiempo, sus ojos se desviaron hacia la puerta que se abría en ese instante.— Creo que acaba de llegar.

\*\*\*\*\*

En efecto, Clyde Bransow había llegado. Llenando con su enorme complexión el marco de la puerta, agitando con impaciencia su mano cuando la amable señora Andrew se había ofrecido para colgar su gabardina empapada.

Lane se volvió hacia él, consciente de que la observaba fijamente. No necesitaban presentaciones. Ambos sabían quién era el otro.

Clyde Bransow la examinaba como lo haría con un insecto al que quisiera aplastar con una de sus botas. Ella, por su parte, también le evaluaba decididamente. El agua le caía por el cabello y la frente, deslizándose por sus pobladas cejas oscuras. Tenía la mandíbula tensa y los ojos le brillaban con intensidad, tal vez debido al malhumor que le producía interrumpir una de sus partidas de póker para estar allí.

—Clyde, te presento a la señorita Lane McCrane.

A Lane le sorprendió que la señora Andrew se dirigiera a él con tanta familiaridad. Lo que no le sorprendió fue que él ignorara la mano que ella le tendía y se mantuviera de pie, intimidándola con su estatura y su dura mirada.

—¿La señorita McCrane?— repitió con tono acerado—